

DE LA TIERRA A MARTE Y DE MARTE A LA TIERRA

La nave iba a despegar y yo no podía creerlo.

¿Por qué los científicos no subían?, ¿por qué se quedaban en Ciudad Universitaria si eran ellos los que habían ideado todo el plan?, ¿sería por eso? Nos habían convencido de que Marte estaba totalmente acondicionado para la vida humana, y habían sido ellos mismos quienes nos habían explicado las razones por las que no se podía seguir sosteniendo la vida en la Tierra.

De cada ciudad española se lanzarían naves para trasladar a todos los habitantes. En Madrid se decidió que el puerto de despegue fuera Ciudad Universitaria, para inspirar la esperanza de una nueva y mejor vida.

Pero ellos no subían, ¿sabrían algo que no nos habían contado?... Y no pude evitarlo, el miedo me invadió.

Salí corriendo de la nave y me abrí paso entre la gente que todavía estaba subiendo. Llegue hasta ellos. Me miraron con desconcierto, pero en sus caras leí preocupación y culpa. Lo sabía, algo iba mal. Les pregunté alarmado, si había algún problema, por supuesto, lo negaron. Volví a insistir, y me mandaron a la nave. Les invite a que vinieran conmigo, y sus expresiones cambiaron por completo.

Me llevaron lejos de la multitud. “Está bien, tú ganas, el viaje no es seguro, pero es la única salvación que la comunidad científica puede proporcionar”. Me quedé perplejo, ahora sólo veía a las últimas personas que subían a la nave, que subían a una posible muerte. “¿Por qué no nos han dado entonces la oportunidad de elegir el modo de morir, el planeta en el que acabar nuestros días?”. Entonces habló uno de ellos, habló una voz gélida y cruel: “si conseguimos evacuar del planeta a un número considerable de gente, los recursos que este proporcione serán suficientes para los pocos que quedemos, ¿lo entiendes?”. Las puertas de la nave se cerraban sin mí abordo. “¡Pero eso no es justo!” protesté. “Había que elegir, y nos decidimos por la comunidad científica, la gente más lista del planeta, los que realmente merecen la pena”.

La nave comenzó a despegar, se alejaba ruidosamente, pero a pesar de ello, fui capaz de escuchar una especie de chasquido tras de mí, me giré, y ante mi cara un cañón de pistola me apuntaba.

Un fuerte ruido.

Sólo me dio tiempo a cerrar los ojos.